

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 383

Barcelona, 19 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**Si vuelven
a ser bombar-**

**deadas nues-
tras ciudades de la re-
taguardia, si otra vez
caen bombas en terri-
torio francés, será por
obra de los facciosos
y de sus auxiliares
italianos y alemanes.**

Los bombardeos de las ciudades abier- tas y una nueva infamia de los rebeldes

Serrano Suñer es uno de los inverosímiles ministros del inverosímil Gobierno de Burgos. Y, actuando dentro de esa inverosimilitud, ha concedido una entrevista al corresponsal de *El Popolo*.

En ella, luego de anunciar que Franco va a hacer la guerra de otro modo y que ya no perseguirá objetivos territoriales, sino que procurará ganar batallas destructoras en campo abierto — una cosa es procurarlo y lograrlo otra —, ocupóse en la cuestión de los bombardeos de la retaguardia.

Y dijo que los nacionalistas jamás los realizaron, que fueron únicamente los «rojos» quienes, con sus aviones, arrojaron bombas sobre las ciudades alejadas de los frentes, y que en lo sucesivo ellos seguirán la misma conducta y se limitarán a atacar, por medio de la aviación, objetivos militares.

Pero, ¿qué entienden los rebeldes y sus asesinos extranjeros, por objetivos militares? ¿Los orfanatos? ¿Las maternidades? ¿Los asilos? ¿Los hospitales? ¿Los sanatorios? ¿Los monumentos históricos y artísticos? ¿Las bibliotecas? ¿Los museos? ¿Las escuelas primarias? ¿Las casas de pisos donde viven únicamente familias de no combatientes, que se creían a salvo de aéreas agresiones? ¿Las calles? ¿Las plazas? ¿Los parques y jardines donde juegan los niños al sol?

Porque hasta ahora — los hechos lo prueban cumplida y sangrientamente — todo lo que citamos fué bombardeado, ametrallado e incendiado por los verdugos de la llamada aviación legionaria y sus ayudantes. Por cada estación de ferrocarril, por cada depósito de combustible, por cada cuartel, por cada fábrica de armamento que atacaron con aeroplanos los facciosos, sufrieron los estragos de la ofensiva aérea enemiga veinte edificios donde no había más que paisanos inermes.

Permítasenos, pues, que no creamos en las palabras de Serrano Suñer, tan vagas y anfibiológicas. El pasado nos enseña a desconfiar del porvenir.

Pero además... *La Dépêche* de Toulouse, del 14 de febrero, ha publicado en su resumen diario de noticias de la guerra española, la que sigue:

«Señalemos, sonriendo, que la emisora *Radio Nacional* de Salamanca, ha emitido, anoche, la nota oficiosa que sigue:

«Se sabe que en la zona «roja» se proyecta utilizar aviones pintados con los colores «nacionales» (rojo y amarillo) para bombardear las poblaciones catalanas y, en la misma ocasión, dejar caer bombas en territorio francés.»

Y añade *La Dépêche*: «Quede bien entendido que esa nota no engañará a nadie. Y recordemos, además, a título de información, que una nota análoga fué emitida por los rebeldes españoles cuando hicieron su aparición los primeros submarinos piratas en el Mediterráneo.»

Preparan ya, pues, los facciosos, la coartada. Desde ahora denunciamos la cínica y vil maniobra.

Después de todo, no hacen sino repetir un viejo juego alemán. Meses antes de emplear en la Gran Guerra los gases asfixiantes, el Estado Mayor del Kaiser comenzó a acusar a diario, en sus comunicados oficiales, a los Ejércitos francés, inglés y belga, de recurrir a dicho medio de destrucción y exterminio.

Quería, de ese modo, convencer a los neutros de que, si apelaba a la guerra química, era únicamente por represalia. Claro es que los neutros sabían de sobra a qué atenerse y no se dejaron engañar. Lo mismo ocurrirá hoy. Si vuelven a ser bombardeadas nuestras ciudades de la retaguardia, si otra vez caen bombas en territorio francés, será por obra de los facciosos y de sus auxiliares italianos y alemanes. Nadie creerá la burda invención de los aviones «rojos» con apariencia de nacionalistas...

Antes y después del 16 de Febrero

Por J. Díaz Fernández

El segundo aniversario de las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, reverdece el recuerdo de aquella formidable movilización de masas que dió por resultado la restauración de la República. España se había manifestado mucho antes del 16 de febrero, en los mítines convocados por don Manuel Azaña, a quien hiciera el pueblo símbolo de sus anhelos políticos. Cada acto era un plebiscito público, al que en vano pretendían replicar en exiguas reuniones los partidos reaccionarios que tenían vilmente secuestrado al régimen. Entonces, Franco era un general gris, que acababa de desempeñar un cargo democrático en el Ministerio de la Guerra. Planeaba, sin embargo, su traición, convencido de que el resultado del sufragio daría de nuevo el Poder a las fuerzas populares. Aquella candidatura fascista por Cuenca, en la que figuraba al lado de José Antonio Primo de Rivera y de Goicoechea, demuestra que ya entonces estaba concertada la sedición y comprometidas sus figuras visibles. Es falso, por eso, que, como ha dicho el traidor — el traidor por antonomasia — en algunas declaraciones, la rebelión haya tenido el carácter de protesta pública contra un estado de disolución social provocado por el Gobierno del Frente Popular.

El pistolero fascista existió, en efecto, después de las elecciones, y estaba alentado por la frenética demagogia de los jefes derechistas, que convertían sus discursos parlamentarios en arengas de la guerra civil. Toda España estaba llena de agentes provocadores, que se filtraban incluso en los partidos políticos y en las organizaciones obreras para preparar el ambiente del alzamiento. Los atentados fascistas se perpetraban a diario, determinando un estado de sobreexcitación pública, que culminó en algunos choques violentos, de los cuales pretendía hacerse responsables a las autoridades republicanas, cuya prudencia se interpretaba casi siempre como cobardía.

El plan era el mismo que había permitido en Italia y Alemania el acceso al Poder de las organizaciones fascistas. Con una diferencia notable: que en esos dos países existían partidos que habían logrado éxitos electorales de gran volumen, y en nombre de ellos exigían que les fuesen entregados los resortes del mando. En cambio, el 16 de febrero de 1936, la reacción española fué derrotada incluso en algunas provincias que permanecieron adheridas a ella en las elecciones de cinco años antes, cuando cayó el sistema monárquico. El fas-

(Continúa en la página siguiente)

El proceder caballeresco y generoso de un oficial del Ejército de la República

Teruel ha sido definitivamente reconquistado para la República. Empiezan a llegar a un pueblo cercano los primeros detenidos.

Unos oficiales del Ejército Popular los van interrogando. Conviene destacar de entre la turba multa de detenidos los más señalados por su significación y su actuación. No es igual la responsabilidad del soldado a quien se obliga a empuñar las armas, que la del dirigente. El interrogatorio se hace con arreglo a ley, correctamente, con toda clase de consideraciones. La sorpresa de los detenidos es enorme. Están ante oficiales de un Ejército regular, y no, como esperaban, ante unos terribles foragidos. Uno a uno van contestando a las preguntas que se les hacen para establecer su identidad y para conocer detalles de la situación del enemigo.

Entre los oficiales del Ejército de la República que cumplen esta misión hay uno que no debe de contar más de diecisiete años. Es moreno, delgado, con un bigotillo incipiente y lleva esas gafas inconfundibles de los niños que han dejado de serlo prematuramente. El joven oficial cumple su deber con aires de persona mayor. Como si quisiera dar la sensación de que la edad no tiene que ver en estos casos...

Ahora le toca declarar a un Comisario de policía, que el 18 de julio estaba al frente de la plantilla de Calatayud. El joven oficial que le interroga, no puede reprimir un gesto de inquietud. Una sospecha invade su ánimo. Acaso sea él quien...

La sospecha está perfectamente fundamentada. El policía sometido a interrogatorio es invitado a decir si en la estación de Calatayud, la noche del 18 de julio de 1936, detuvo al ex director general de Seguridad D. Arturo Menéndez. El policía recuerda el episodio. En efecto, fué él quien realizó el «importante servicio».

El oficial palidece. Sus nervios están a punto de traicionarle. Tiene ante él al esbirro que detuvo a su padre. Un impulso primario le lleva a acariciar la culata del revólver. Pero el sentido del deber, el respeto a la disciplina, se imponen a sus pasiones. Tras un instante de lucha consigo mismo, opta por salir del aposento. Cuando está reunido con varios compañeros, les cuenta lo ocurrido:

—«He tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no olvidar que soy oficial del Ejér-

cito de la República y para resistir a la tentación de vengar el asesinato de mi padre. Un prisionero de guerra es sagrado» — dice este pundonoroso oficial del Ejército, que es nada menos que todo un hombre: Juanito Menéndez, hijo de Arturo, el gran republicano vilmente asesinado por los fascistas.

Referimos este rasgo, que tanto honra al Ejército de la República, escuetamente, sin añadirle retórica, sin aliarlo con consideraciones de ninguna clase. Es un rasgo que revela una aristocracia moral y una elevación de sentimientos, que constituyen un orgullo para quienes sentimos sinceramente la causa que defienden en los campos de batalla militares que así interpretan el honor del uniforme.

Habrá quien piense que mejor hubiera sido vengar en aquel momento el vil asesinato faccioso. Motivos para ello no faltaban, es cierto.

Pero también lo es que una de las muchas razones por las cuales nunca seremos fascistas, es esta diferencia de sentimientos, de conducta, de calidad moral que existe entre ellos y nosotros. Precisamente nuestro valor espiritual reside en estas reacciones nobles y generosas. Que nuestros adversarios sean unos asesinos no puede producirnos más que repugnancia: jamás intención de rebajarnos hasta la abyección de sus procedimientos.

La diferencia es rotunda y significativa. En este caso concreto, a un lado está una causa cuyos hombres son capaces de cometer el criminal asesinato de Arturo Menéndez, y a otro, una causa cuyos hombres proceden con la nobleza y la generosidad con que se ha conducido el hijo del gran militar republicano.

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

cismo carecía de masas sociales, de estructura ideológica, de emoción política y de impulso popular, como se probó entonces con el argumento irrecusable de los escrutinios.

En el extranjero se olvidan con frecuencia los antecedentes de la rebelión, para presentar desligado de todo sentido nacional al Gobierno legítimo de España. Pero es un hecho irrefutable, que el Frente Popular consiguió el Poder a través del sufragio y elaborando de antemano un programa de reformas, que en modo alguno traspasaban los límites marcados por la Constitución de 1931. Ninguna de ellas alteraba el régimen de propiedad, ni desnaturalizaba los principios del sistema democrático vigente en la mayoría de las naciones. No había, pues, comunismo, ni se trataba de ensayar utopías sobre el vuelo trémulo de un viejo país europeo. Las derechas, que habían gobernado dos años largos, provocando la cólera de las masas, consagraron la ineptitud y la inmoralidad en grado tal, que el que después había de rebelarse contra la República, el jefe de Falange, José Antonio Primo de Rivera, reconoció en las Cortes reaccionarias, el fracaso de aquella situación. Son, sin embargo, esas mismas fuerzas las que ahora, unidas a Franco, pretenden dirigir la vida española. ¿La vida española? Mejor, la muerte española, pues de ellas ha partido la iniciativa de la lucha armada y del terror sin tasa. Este terror no es nuevo en nuestras luchas civiles, forjado siempre, como el rayo de Júpiter, en las alturas, tal como lo exigía el interés de las clases tradicionalmente poderosas. La Inquisición, las represiones monárquico-clericales, las guerras carlistas, los pronunciamientos militares, todos estos eslabones de la angustiada Historia de España, adoptan formas peculiares de violencia; pero concuerdan todas en hacerle pagar al pueblo elevadísimos tributos de sangre. No les basta el dolor y la miseria para desarmarlo.

En el balance siniestro de aquel período vergonzoso en que gobernaron la República las mismas gentes que ahora hablan de establecer un Estado fascista, hay que subrayar la bárbara represión de octubre de 1934. Es la primera etapa del régimen de terror que

han implantado ahora, en atroces proporciones, los verdugos de su propia patria. El general Franco era entonces consejero militar de aquel estúpido curial que desempeñaba el Ministerio de la Guerra. Franco hizo venir de Africa a moros y legionarios, los lanzó sobre ciudades y pueblos, garantizándoles la libertad de despojo. Como ahora en Cáceres, en Talavera, en Toledo, terciarios y marroquíes hacían almoneda en las calles de Oviedo del botín cogido a los izquierdistas fusilados o presos. Una señorita de la alta sociedad ovetense, compró en una plaza, por cinco pesetas, las orejas de un minero ejecutado. Se comprende perfectamente que el general Franco haya implantado ahora los mismos métodos que utilizara entonces contra los obreros de Asturias. Ensayaba aquel octubre trágico la barbarie que desató después para exterminar a los «rojos», denominación que une la inexactitud a la necedad, pero que impresiona de veras a los reaccionarios de todo el mundo.

Si el Frente Popular no hubiese aparecido en la vida pública ungido con todos los óleos democráticos y siendo la expresión de un hondo movimiento nacional, bastarían las terribles jornadas vividas desde el día de la sublevación para presentarle ante la historia como una condensación del genio español, inmune a todas las catástrofes. Como dice Antonio Machado, los que han abierto la puerta al extranjero, han dejado de ser españoles. Las fuerzas del Frente Popular custodian la nacionalidad, combaten por principios universales y enseñan por primera vez a los demócratas del mundo que la violencia fascista puede ser contenida, aunque haya que cerrarle el paso con murallas de cadáveres. Nuestros muertos son el testimonio de nuestro derecho. La ardiente tierra que los cubre, será libertada de extrañas tutelas por los mismos hombres que la reacción calificaba de antipatriotas. Estos dieciocho meses de dramática experiencia, han demostrado hasta lo inaudito que en el Frente Popular, forjado en días difíciles, late la eterna verdad de España.

J. DIAZ FERNANDEZ
(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

Unas manifestaciones del Presidente del Consejo

“Las guerras se ganan con orden y con voluntad”

“La de Teruel es la victoria de la fe, pero también la victoria de la preparació ”

La vida en España — dice en «L'Ordre» la princesa Clara Ol-descachi, que escribe las impresiones de su viaje a la República española — era, antes de la rebelión militar, una vana tentativa para unir el agua y el fuego, para reconciliar lo irreconciliable.

Al lado de los palacios suntuosos se encontraban miserables habitaciones. Un feudalismo del período hispano-morisco y un capitalismo agrícola egoísta y retrasado.

Nos preguntábamos a menudo cómo podía coexistir todo esto sin que se desarrollase un drama continuo; cómo se equilibraban tan opuestos intereses sin que se produjese una catástrofe diaria.

Al principio de la guerra hubo una maraña de buenas voluntades llegadas de todos los puntos del horizonte ideológico. Fué preciso comenzar por encauzarlos. Hoy está conseguido el orden necesario.

LAS GUERRAS SE GANAN CON ORDEN Y CON BUENA VOLUNTAD, DICE EL SEÑOR NEGRIN

El deslumbrante éxito obtenido por los ejércitos republicanos en Teruel, que Franco no ha podido recuperar a pesar de los esfuerzos gigantescos que ha hecho, esfuerzos completamente desproporcionados con el valor militar de la ciudad, ha sido el primer resultado tangible de ese espíritu de organización que se advierte hoy en todas las actividades en la España gubernamental.

—Aunque es doloroso — me decía el presidente, señor Negrín —, tenemos previsto que la guerra será larga. Pero sabemos que el tiempo «juega a nuestro favor».

Y añadió — continúa la escritora: —Económicamente, nuestra situación es muy fuerte. No pode-

mos ofrecer festines a nuestro pueblo ni tampoco a nuestros combatientes, pero uno y otros se contentan con lo justo. Intensificaremos las importaciones indispensables, de la misma manera que hemos suprimido las inútiles. Las guerras se ganan con orden y con buena voluntad. Y ni ésta ni aquélla nos faltan.

Desde el punto de vista del orden, el observador más superficial puede comprobar los progresos realizados.

La victoria de Teruel es la de la fe, pero también la de la preparación.

LOS DESTINOS DE ESPAÑA ESTAN EN BUENAS MANOS

El presidente señor Negrín me ha dado en esta entrevista la impresión de gran firmeza y de clarividencia. Los destinos de la República española están en buenas manos.

Además de intensificar las importaciones, se ha hecho un esfuerzo enorme para desarrollar la agricultura.

Muchos obreros del campo están en los frentes; dejaron el arado para coger el fusil, y aunque el número de máquinas agrícolas es insuficiente, también la buena voluntad vence muchas dificultades.

El Gobierno ha hecho lo que era necesario para inspirar confianza a los campesinos: en quince meses ha distribuido cerca de dos millones de hectáreas de tierras cultivables que habían sido abandonadas por sus propietarios.

Se sabe que el problema de la reforma agraria fué uno de los obstáculos con que tropezó el Ministerio Azaña. En efecto, 23.000 familias poseían las seis séptimas partes de España, y esas familias no habían modificado en nada los

medios de explotación en vigor desde la Edad Media.

EL PROBLEMA AGRARIO

Los terratenientes pasaban la mayor parte de su tiempo en las capitales extranjeras, en las playas de lujo y en los balnearios, cuidándose, únicamente, de percibir las pingües rentas que arrebatában a los campesinos, mientras éstos vivían tan miserablemente como los antiguos siervos.

Administradores despiadados se encargaban, por los procedimientos más enérgicos y crueles, de que los cultivadores abonasen el importe de los arriendos.

No pudieron sobrevenir grandes cambios durante los primeros años de la República. La ley agraria de septiembre de 1932, tan tímida, quedó como letra muerta. En 1934 solamente unos 10.000 campesinos — apenas el dos por ciento de los trabajadores agrícolas — fueron puestos en posesión de algunas franjas de terreno. El Estado y sus agentes fueron engañados por los intermediarios de las sociedades bancarias, que habían logrado cobrar indemnizaciones de expropiación muy superiores a las que se debieron percibir.

Las medidas, más amplias, tomadas después de las elecciones de 1936, hubieran traído un apaciguamiento social efectivo. Pero éstas no pudieron ejecutarse y, en lugar de paz, casi por todas partes hubo agitaciones.

Sin embargo, algunas municipalidades, algunas organizaciones locales lograron aplicar las disposiciones legislativas sin hipocresía. Pero todo quedó muy lejos del plan gubernamental, que trataba de dar tierra a más de 80.000 campesinos.

La guerra precipitó los acontecimientos. La reforma platónica, sólo intentada hasta entonces, se

convirtió en una realización necesaria, urgente. Los grandes propietarios huyeron inmediatamente para ponerse al lado de los rebeldes. Las tierras pudieron ser repartidas sin choques, sin discusiones.

—«Los campos para quienes los siembran y los cultivan» — fué la consigna. Se crearon cooperativas, se colectivizaron algunas tierras; pero la mayoría han sido transformadas en pequeñas pro-

iedades rurales semejantes a las que existen en Francia.

—La República me ha dado estas tierras — me decía un campesino que sembraba su campo a menos de dos kilómetros del frente—. Estoy dispuesto a morir por la República. Mis dos hijos están en el Ejército. Luchan por ella, luchan con todo el corazón.

Esta es y será la palabra decisiva.

La labor del Centro de Estudios Históricos, no se ha interrumpido por la guerra

Al estallar la guerra, parece que habían de quedar interrumpidas determinadas actividades del espíritu que, por requerir una amplia serenidad, no era muy creíble que pudieran continuarse en medio de riesgos y perturbaciones.

A este género de actividades pertenecen aquellas a que venía consagrándose la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y los hechos, los hechos elocuentes más que nada, han demostrado que la labor continuó y continúa sin interrupción y con elevado tono, en medio de tamañas dificultades. Y es, evidentemente, que la falta de tranquilidad ha sido sustituida por un fervor y entusiasmo que hace fructífero el trabajo en toda circunstancia.

Alguna vez, la puntualidad en las publicaciones no se ha mantenido con el rigor acostumbrado; pero ello encuentra explicación, bien por dificultades materiales — pues muchas veces los obreros de la imprenta habían de interrumpir su trabajo por causa de los bombardeos —, bien porque no llegaban libros o revistas de fuera, necesarios para la continuación de los trabajos.

EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Este ha continuado la publicación de sus revistas, entre ellas la de la «Filología Española», que se imprime en la tipografía de Hernando, de Madrid, editada en un verdadero frente de guerra, y de la cual se salvó el fascículo 36, gracias a la abnegación y valor de los colaboradores y obreros, pues todo el mundo sabe el bombardeo que prendió fuego y derrumbó la imprenta. Pero la revista fué repartida personalmente a los suscriptores.

Otra publicación continuada en tiempo heroico, si así queremos decirlo, es la «Revista de Arte y Arqueología», impresa también en Madrid, como siempre, cuidada como venía siendo habitual, en su impresión y colaboraciones, y de la cual han aparecido los números 36, 37, 38 y 39, sólo con un leve retraso de alguna fecha de salida.

Maravilla coger unas cuantas publicaciones y ver que el hilo histórico de la cultura española es mantenido con vigor por hombres beneméritos adictos a la República, que trabajan amorosamente en medio de riesgos y dificultades.

¿Pero es posible, dirá alguno, que ahora, en España, pueda publicarse un estudio serio y concienzudo como, verbigracia, el de «Miscelánea de primitivos flamencos españoles», insertó en el núm. 39 de la revista citada, «Archivo Español de Arte y Arqueología»? Es posible y no es único. Ahí está también el de las

«Torres Mudéjares» de F. Iñiguez, «La vida de un tema iconográfico en la pintura andaluza» y tantos otros síntomas animadores y comprobantes de que el espíritu español no decae, y que pueden verse, no más que en un simple hojear del sumario de esta revista.

Otra revista del Centro es «Emérita», que ha continuado publicándose sin interrupción, desde Valencia, donde se trasladó la Sección de Filología Clásica.

En Valencia se preparó también el «Anuario de la Historia del Derecho», cuya publicación no se interrumpe.

Uno de los estudios típicos salidos de este Centro es el dado después de la sublevación militar, y que corrobora una vez más lo que venimos sosteniendo: es el tratado de San Ildefonso, «De virginitate beatae Mariæ», que se imprimió, bajo el cañoneo faccioso, en la imprenta Rivadeneyra, en Madrid, a dos pasos de las trincheras.

También han visto la luz, un tratado de Albeitería del siglo XIII, estudiado y editado por Georg Saebs, titulado «El libro de los caballos», al que es preciso unir el volumen IV de las «Fuentes Literarias para la Historia del Arte Español», de F. G. Sánchez Cantón, y los interesantísimos anejos de la Revista de Filología Española, titulados «Cristóbal Villalón y el doctor Juan Huarte», obra de Arturo Fari-nelli.

No termina ahí la actividad concreta del Centro de Estudios Históricos, sino que algunos de los hombres aun sacan tiempo de lo imposible para hacer cursos y lecciones: así, D. Tomás Navarro Tomás explicó un curso de Fonética en la Universidad valenciana y dió una conferencia sobre «El espíritu popular en la lengua española»; don Julián Bonfante explicó, también en la Universidad de Valencia, un curso de Filología Clásica y disertó, en conferencias del ciclo organizado por la misma Universidad, sobre «La cuestión de los arios», y don Dámaso Alonso, dió un cursillo sobre «El carácter popular de los héroes épicos españoles», lleno de magníficos datos, propios del buen profesor de literatura.

Y aun no se acaba. Hecho un trabajo, se ha planeado otro, que se continúa sin interrupción. Por eso están ya a punto: otro volumen de las «Fuentes Literarias para la Historia del Arte Español», de Sánchez Cantón; la «Métrica Latina», de Crucius, traducida por Sánchez Barrodo; la «Gramática Griega», de Sloty, traducida por Julia Rodríguez Danilewski; las «Cartas de Plinio», por V. Blanco; el «Cor-

(Continúa en la página siguiente)

Un evadido del campo faccioso llega a nuestras líneas con un fusil ametrallador y un devocionario militar

(Por teléfono, de uno de nuestros corresponsales en Madrid)

DOS HERMANOS EN LA TRINCHERA. — MORALIDAD FASCISTA Y LOS CONSEJOS PRACTICOS PARA LA HORA DE LA MUERTE

—Eso de pasarse con las manos vacías no tiene ningún mérito—nos dice el muchacho, mientras deja en el suelo el fusil ametrallador y se limpia con el pañuelo la frente sudorosa, a pesar del aire helado de la Sierra, que azota los rostros.

CON UN FUSIL AMETRA-LLADOR

Ha llegado hace pocos momentos del campo faccioso, después de tener que correr fatigosamente con su carga, mientras los rebeldes disparaban sobre él. Aun está jadeante por el esfuerzo hecho. Es curioso ver con qué cariño trata al fusil ametrallador, con qué ternura lo miran sus ojos y con qué emoción lo acarician sus manos, como si fuese algo que formara parte de su cuerpo; pero, desde luego, es puntal de su apoyo y lo muestra con satisfacción al grupo de soldados que, atónitos, contemplan al evadido.

—Con este mismo he de hacer morder el polvo a unos cuantos de ahí enfrente.

Y se sienta en el suelo, mientras los compañeros le dan golpes cariñosos en la espalda e inician la colecta que siempre se hace en estos casos, gracias a la cual el evadido recibe, por generosa iniciativa de los soldados republicanos, una cantidad que no suele bajar del medio millar de pesetas.

De vez en cuando, en estos casos de evasión del campo rebelde suelen ocurrir cosas extraordinarias. Por ejemplo; nos referían ayer que en un sector del Centro se presentó, hace unos días, un soldado. Al llegar a nuestras trincheras se quedó parado, sin decir una palabra, frente a un combatiente republicano. Ambos palidecieron de emoción, primero, para enrojecer en seguida al saltarse las lágrimas y abrazarse acongojados. Y cuando les preguntaban qué les ocurría, los dos, con voz trémula, respondieron a una, refiriéndose al otro:

—¡Es mi hermano!

«DEVOCIONARIO MILITAR»

Este evadido de hoy, además de su fusil ametrallador, nos ha traído un libro en extremo curioso: un «Devocionario militar», editado en Bilbao por los traidores. No vamos a discutir sus puntos de vista religiosos. Allí cada uno con su conciencia. Pero es una prueba más de la mentira y la falsedad que, respecto a la inteligencia de los jesuitas, se había forjado en España. Nos los presentaban poco menos que como los sabios del país: los más capacitados, los más competentes, los más estudiosos...

Este «Devocionario militar», debido al Padre jesuita Remigio Vilariño, es una prueba culpable de cuanto hemos afirmado antes. Está dividido en numerosos temas o capítulos. Hay «consejos», «oraciones universales», «rezos»

para todos los gustos y todos los momentos; «instrucciones para los militares», «advertencias» y una porción más de apartados.

CONSEJOS PARA TODOS LOS GUSTOS

Repetimos que hemos de prescindir del fondo religioso que pueda tener la cuestión; pero es que muchos de los temas están tratados de forma tan grotesca, que no podemos evitar el comentario.

En realidad — una realidad de Franco, naturalmente —, nadie puede sentirse desgraciado con este librito. Tenerle en el bolsillo es tanto así como el «¡detente, bala!», que también traía el muchacho de hoy. Están «calculadas» todas las necesidades que puedan sentir los soldados en el frente. Y así hay oraciones, muy breves todas ellas, debidas a la pluma de Remigio Vilariño, para todos los gustos y para cuanto pueda apetecer un buen cristiano. Las hay por el Papa, por los prelados, por el Jefe del Estado, por la familia, por todas las necesidades, para pedir la castidad, contra las tribulaciones, para pedir la lluvia, para pedir el buen tiempo, para verse libre de tentaciones, contra los malos pensamientos, por los amigos, por los enemigos, por uno que acaba de fallecer, por un difunto, por una difunta, por los padres del di-

funto, por todos los difuntos... ¡Y muchas más!

Se explica que, poseyendo este talismán, los fascistas no duden en lanzarse a las mayores atrocidades. Saben que, con recurrir al librito, está todo resuelto y su conciencia quedará tranquila, aunque hayan asesinado niños a centenares y martirizado hombres a millares.

«AMIGOS MIOS: NO OS ENTRISTEZCAIS»

También señala una serie de consejos para prevenir a los soldados cuando les llegue el momento de la muerte. Vamos a reproducir su primer párrafo para que no se nos tache de exagerados al afirmar que la cosa es grotesca: «Amigos míos; no os entristezcáis; pero bien sabéis que los soldados tienen siempre que estar dispuestos a morir. Esta es una de tantas maniobras como, con frecuencia, hay que ejecutar en la guerra. Esta es la maniobra suprema. ¡Y ésta sí que conviene hacerla bien!»

A continuación, dice exactamente: «Al entrar en el combate, si puedes confesarte, confésate. Si no, haz, por lo menos, un acto de contrición en tu corazón. Es muy fácil: míralo en la página 12».

Y después de esta afirmación, que sirve para poner a bien con Dios a sus soldados, lanza unas

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

normas para morir católicamente, distribuidas en seis apartados, que conviene saberse de memoria al decir del autor del librito.

Sería largo reproducirlas, aunque son lo bastante sabrosas para intentarlo. Explica, por ejemplo, cuándo, junto al moribundo, hay que hablarle en voz alta o susurrarle al oído. Y, por último, hay una especie de decálogo en el que, entre admiraciones, están impresas las frases textuales que un moribundo debe decir en el momento que expira, si quiere hacerlo bajo la divina gracia.

EL SEXTO MANDAMIENTO

En apariencia, se muestra muy reservado el librito de Remigio Vilariño en cuestiones, como él diría, «pecaminosas». Trata con extensión los mandamientos de la Iglesia; pero al llegar al sexto, la pluma del autor se constriñe a trazar cuatro renglones, aunque, eso sí, las preguntas, a pesar de concisas, son hechas con el deseo de que no se pierda un solo detalle de la

cuestión: «¿Has cometido alguna acción deshonesta?» «¿Solo?» «¿Con otra persona?» «¿Con qué clase de persona?»

Y termina el librito con una serie de treinta y un consejos numerados, en los que, después de explicar que debe confiarse en Dios mientras tengamos algo de vida, dice que, si pecas, serás desgraciado en esta vida, o en la otra, o en las dos. Hablando de esto, el muchacho evadido nos decía, riendo:

—Pecando o sin pecar, el desgraciado es quien tiene que aguantar a los jefes del lado faccioso.

La labor del Centro...

(Continuación.)

pus de Glosarios» de S. Gili Gaya, y la «General Estoria», que, editada por D. Antonio G. Solalinde, se ha interrumpido temporalmente.

Como se ve, las actividades intelectuales del tipo más investigador continúa con el ritmo acostumbrado. Si algunos de los colaboradores del Centro de Estudios Históricos faltan entre nosotros, por razones que no son del caso — pues estas informaciones no son hechas para atacar a personas, aunque a veces sobren motivos, sino para dar a conocer la labor de la España republicana —; si faltan algunos colaboradores, decimos, con los que hay se mantiene el Centro a la misma altura científica, por lo menos, y desde luego, hoy, con un riesgo que vale tanto: un acentuado españolismo, que reviste caracteres de universalidad.

En la pendiente...

Los agentes de Hitler en Checoslovaquia desencadenan una fuerte campaña de ataque

Los nazis de Henlein, aliados con la reacción, exigen participación en el Gobierno

Praga, 16. — Paralelamente a los acontecimientos de Austria, la reacción en Checoslovaquia ha desencadenado una campaña de ampliación del Gobierno. La semana próxima tendrá lugar una entrevista de Henlein, representante de Hitler, con Hlinka, en nombre de la reacción eslovaca. Al propio tiempo que se celebran las negociaciones, los fascistas intentan hacer una concentración nacional para lograr la participación en el Gobierno.

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

La ciudad de Gijón bajo el fascismo

El noble sentimiento de la gratitud y su interpretación entre los facciosos

(Crónica de nuestro redactor en París)

París.—Después de una semana de triste experiencia, en que la ciudad de Gijón, invadida por las tropas italianas y sojuzgada por las autoridades facciosas, había podido comprobar toda la horrenda crueldad del sistema fascista y todo el esencial fanatismo de los oficiales de esta secta antidemocrática, todavía comentaba el pueblo los casos característicos que surgían a diario, en los que se revelaba uno de los matices fundamentales de esa teoría política: el de la ingratitud.

Diríase que la irracional pasión domina de tal modo a los fascistas, que los hace antagónicos con los estímulos de sensibilidad moral.

Con todo el recato cauteloso de las gentes intimidadas por el terror, hablan ahora los habitantes de Gijón de un nuevo ejemplo ofrecido en una reciente sentencia dictada por un Consejo de guerra que ha juzgado al culto abogado asturiano don Germán de la Cerra.

EL ABOGADO GIJONES QUE ANTE LOS TRIBUNALES DE LA REPUBLICA CONSIGUIO LA ABSOLUCION DE ELEMENTOS ACUSADOS COMO DESAFECTOS AL REGIMEN DEMOCRATICO

Los comentaristas recuerdan la historia de ese hombre y su actuación durante el tiempo en que Gijón, tras el fracaso de la sublevación fascista en esa ciudad, estuvo gobernado por las autoridades de la República. Don José de la Cerra pertenece a una familia asturiana de signi-

ficación derechista. Sin embargo, él, hombre bondadoso y de sentimientos liberales, aun sin desdén a las viejas amistades familiares, se sintió atraído, desde su juventud, por las ideas socialistas. Era una de esas personas comprensivas y amables, que cultivan y conservan afectos en todos los sectores sociales.

Producido el levantamiento de los facciosos, hubieron de proceder las autoridades a enjuiciar, con arreglo a la ley, a los elementos que habían participado en la rebelión o se manifestaban como desafectos u hostiles al régimen republicano.

En estas circunstancias, don José de la Cerra, tanto por su prestigio de abogado como por sus muchos conocimientos y relaciones en la ciudad, actuó casi a diario como defensor de encartados derechistas ante el Tribunal Popular o ante el Jurado de Urgencia.

La competencia del abogado socialista consiguió la absolución de muchas personas acusadas de enemigas de la República. Con tan generoso interés cumplió don Germán de la Cerra esta misión profesional, que hasta llegó alguna vez a suscitar comentarios entre el público que acudía a las vistas de causa, porque aquél, en sus discursos y aunque en términos de defensa, exaltaba con vehemencia a los encausados y censuraba a los agentes de la autoridad republicana que habían incoado los sumarios.

En los últimos días de septiembre del año pasado, don José de la Cerra dejó de actuar como abogado, porque se le designó para desempeñar el cargo de juez municipal.

ASI ES EL ESPIRITU FASCISTA

Cuando las fuerzas del fascismo internacional consiguieron entrar en Gijón y fué esta ciudad dominada violentamente por los facciosos, se inició en seguida la feroz persecución de todas las personas tildadas de haber permanecido afectas a la República. Comenzó la terrible represión, que a estas fechas continúa; se multiplicaban diariamente los encarcelamientos y los asesinatos, entre un dramático ambiente de consternación general.

De pronto, se supo que el abogado don José de la Cerra había sido detenido. Esto produjo la natural extrañeza, por cuanto algunos individuos que habían sido investidos de autoridad por los facciosos, figuraban entre los que habían sido defendidos por aquel letrado.

Finalmente, el señor De la Cerra hubo de comparecer ante un Consejo de guerra, y fué condenado a muerte. Tan tremenda sanción, para ludibrio de la llamada justicia fascista, consta fundamentada en la responsabilidad de ese letrado como culpable de dos delitos gravísimos: uno, el de profesar ideas socialistas, y otro, el de tenerse por amigo de González Peña y Belarmino Tomás. El asombro de las gentes llegó a límites de estupefacción cuando se supo que quienes habían denunciado a don José de la Cerra y habían mantenido como testigos la acusación, eran tres derechistas que, meses antes, fueron absueltos por la justicia republicana, gracias a la fervorosa defensa que de ellos había hecho aquel abogado.

El bombardeo de poblaciones abiertas

Hay diferencia entre ellos y nosotros

A los extranjeros que viven en Barcelona les es dado ponerse alguna vez en contacto con españoles fascistas, buenos clientes, por lo demás, de los consulados extranjeros.

Estos españoles gozan, por parte del Gobierno, de una tolerancia que es conveniente subrayar, dado que no toman actitud provocativa contra las autoridades.

Pero a veces se comunican más con nosotros, puesto que corrientemente desconocen nuestra posición política. Debo decir, a nuestro favor, que no abusamos de esta confianza, pues, contrariamente a la mentalidad que domina en el lado de Franco, no somos denunciantes a sueldo de una policía secreta.

Así he podido oír la opinión de algunos referente a los bombardeos de Barcelona y de poblaciones abiertas, y también su comentario sobre la nota del Ministro de Defensa Nacional.

«Nosotros, si la victoria de Franco dependiese de la destrucción total de Barcelona, seríamos partidarios de ella.»

Esto dijo un padre de familia, cuya mujer e hijos están en el extranjero. Y sus amigos, que le apoyaban, añadían: «La guerra sentimental es el atributo de las democracias debilitadas y divididas; en el fondo, ¿qué importa las mujeres y los niños, mañana viudas y huérfanos, cuando, en el frente, muere el elemento vital de España!».

Esto me recordaba, por otra parte, el ultraje de los fascistas franceses poniendo la cínica inscripción: «Más vale morir así que de la escarlatina», en los carteles, pegados en París por el Comité de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que representaban a los niños ensangrentados de Madrid a raíz de los primeros bombardeos de la magnífica ciudad.

Hay, pues, dos clases de niños, los suyos y los nuestros. Ese sentimiento no existe entre nosotros. Recorriendo de abajo arriba la escala, en el pueblo o en la burguesía, esta última representada aquí por las izquierdas republicanas, nunca he sorprendido una mirada de satisfacción cuando, por represalia, hemos bombardeado Salamanca o Sevilla. No la he visto tampoco en Teruel, en los soldados endurecidos por la lucha, cuando salió la población civil de los subterráneos, a pesar de que eran en su mayoría los privilegiados de la ciudad y las familias de los oficiales rebeldes.

Aquí, un inocente es un inocente, la tristeza es tristeza, una mujer es una mujer y un niño es un niño.

Pero como esta superioridad de sentimientos humanos está simbolizada en la declaración del ministro Prieto, los fascistas de Barcelona la analizan así: «Como los «rojos» tienen menos aviación que los «nuestros», Prieto, que es muy listo, especula con el sentimentalismo de las democracias. Pero no nos dejaremos engañar».

Pues bien, este razonamiento es falso y tendencioso, y somos nosotros los que no nos dejaremos engañar.

¿Desde cuándo una o dos escuadras, utilizadas tan sólo para bombardear poblaciones abiertas, pueden compararse con

una aviación que cuenta, no ya con decenas, sino con centenares de aparatos?

Nosotros no somos más ingenuos que los demás. Sabemos en qué medida debe excluirse el sentimentalismo de la mentalidad de guerra. Pero es preciso que esta restricción de los sentimientos naturales y humanos encuentre justificación en la técnica militar. Y el bombardeo de poblaciones abiertas, aun cuando intente alcanzar objetivos militares, tiene resultados tan exigüos, que no se justifica desde el punto de vista humano.

Comprenderéis que Francia e Inglaterra no se lanzarían a una aventura de puro sentimentalismo, si no tuviesen para justificar sus actos argumentos contundentes que prueban que su interven-

ción no tiene nada que ver con el problema militar.

Además, la proposición de Francia es completa, ya que pide que sean delimitadas en España las zonas de guerra, que justificarían, desde el punto de vista militar, el papel destructivo de la aviación.

Y si la opinión internacional ha acogido con emoción el gesto caballeresco del ministro de Defensa Nacional, Prieto, de no bombardear las poblaciones abiertas de la región rebelde durante las negociaciones en curso, no es porque él sea astuto, sino porque quiere mostrar con hechos que las negociaciones pueden lograr su fin.

No es preciso, sin embargo, que esta tregua en los bombardeos sea una razón para dar a los

rebeldes ocasión de bombardearnos impunemente todos los días. Hay más heroísmo en esperar el resultado de estas negociaciones que en mandar allí algunas toneladas de explosivos.

La duración de estas negociaciones y la paciencia del Gobierno español podrían hacer creer a quienes no conocen el precio del valor moral, que seguimos una política de debilidad.

La clase obrera internacional debe apoyar, por todos los medios de que dispone, a los Gobiernos que han tomado la iniciativa de estas negociaciones.

La firme actitud de Mr. Eden armoniza con el deseo de la clase obrera inglesa, y, por una vez, tenemos la impresión de que las democracias se rehacen. Y que no toleran los manejos diplomáticos de Alemania, tendientes a demostrar al mundo que las democracias están divididas.

(«Le Peuple de Bruselas», 14-II-1938.)

no hay tal tiranía ni tal régimen terror, y que la vida es soportable bajo el régimen impuesto por militares triunfantes?

La única expoliación que advierte el extranjero curioso, es... la de que a él mismo se le pueda hacer víctima. Se le roba su dinero. Cuando un inglés, o un suizo, o un norteamericano filofascista llega a una ciudad dominada por Franco, todo le parece excelente, hasta que se acerca a la ventanilla de un Banco porque tiene necesidad de cambiar en moneda española los billetes de su país, entonces se enterará que sus libras, sus dólares o sus francos, no valen lo que él creía, no lo que «el caudillo» quiere, porque para eso es «el caudillo». Visto enfriarse súbitamente el entusiasmo de muchos extranjeros franquistas—a los que no les dolían las infamias hechas por Franco y sus huestes en la carne de España—llegar el momento en que les toca el turno de ser despojados, a su vez y les decían muy seriamente, en la ventanilla de un Banco, que sus billetes no valían más que lo que arbitrariamente Franco quiere darles por ellos, porque para eso es el «caudillo» de España.

El ojo superficial del viajero descubre más que un indicio sospechoso de anormalidad: la desproporción; la ostensible falta de masas populares. A las grandes paradas, a los desfiles patrióticos, acude por la fuerza una multitud impresionante, que ha sido sacada de sus hogares yendo los falangistas casa por casa para amenazar a los inquilinos con duras represalias, si no acuden a manifestar públicamente su gratitud y su regocijo ante los salvadores de España. Pero en la vida cotidiana se advierte el vacío de los que fueron asesinados, de los que se pudren en las cárceles, de los que están escondidos o huídos en los montes y de los que han conseguido escapar de aquel infierno y se han refugiado en el extranjero o en la España republicana. En la oficina, se advierte a la primera ojeada, el pupitre vacante del pobre hombre muerto, encarcelado o perseguido por el nuevo Estado; y lo mismo en el tajo, y en el taller, y en el sembrado... Donde no hay plazas vacantes es en los buzones de los suntuosos casinos provincianos, en los palcos de los teatros y en los comedores de los grandes hoteles.

La guerra se advierte principalmente por el atuendo marcial de los falangistas y «caballeros guardias de vícos», que no han ido jamás al frente, más que por la presencia de verdaderos soldados en las calles. Los soldados se hallan siempre prudentemente distanciados de la población civil. No se sabe ya, además, cuáles son los verdaderos soldados del Ejército español y cuáles los extranjeros. Deliberadamente se vistieron los falangistas, desde el primer momento, con prendas del uniforme militar español; en cambio, a los soldados les pusieron en mangas de camisa o les dieron uniformes del Ejército portugués. Claro es que no se podía decir que aquellos eran uniformes portugueses, ni estaba permitido abordar a los soldados en las calles para saber si ellos también eran portugueses o españoles.

Los alemanes suelen vestir de paisano; pero, en cambio, los artilleros españoles van con uniformes de paño alemán, color de tierra. Los alemanes, cumpliendo con las consignas de Berlín y Salamanca, han de pasar absolutamente inadvertidos. Pronunciar el solo nombre de alemán, es delito, hasta el punto de que no se les llama jamás alemanes, sino «individuos». Ya es un valor entendido; cuando se habla de ellos como cuando hay necesidad de men-

(Continuará)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XX

(Continuación)

ción ha huido en grandes masas del infierno fascista, y no tienen quién les trabaje. El Aeropuerto de Vigo se está haciendo, sobre poco más o menos, como los faraones hicieron las pirámides. Todos los hombres útiles que quedan allí, tienen que trabajar al menos dos días al mes en las obras del Aeropuerto. Ahora bien: los que tienen dinero pueden redimirse—¿cómo no?—de esta obligación pagando las doce pesetas en que se evalúa su trabajo. Con este tráfico de los que trabajan y no cobran, y de los que pagan por no trabajar, se montó también una lucrativa industria a base, claro es, de estafar al pueblo y al Estado. Descubrió el fraude un sobrestante de Obras Públicas, llamado León, que, aunque de origen republicano, es hoy ferviente falangista, por lo que no se le pudo tapar la boca y echar tierra al asunto, como sistemáticamente hacen los salvadores de España cada vez que se descubre alguna de sus corruptelas.

Como no hay ninguna garantía ciudadana, todos los abusos e inmundicias son posibles. Para el izquierdista, para el hombre tildado de desafecto al régimen, no hay apelación: es un ser inhumano al que bastante merced se le hace tolerándole que siga viviendo. Con él, todo atropello es posible, toda vejación está permitida, toda infamia es legítima. Jamás, jamás, la condición humana se ha visto tan bestialmente desafiada. El «réprobo» no tiene derecho a comer, ni a trabajar, ni a defenderse, ni a vivir; no tiene derecho a nada. Si alguien le emplea y se digna servirse del trabajo de sus brazos o de su inteligencia, puede impunemente dejar de pagarle su salario, porque ¡es desafecto al régimen!

El caso es frecuentísimo. No pagan los industriales a los trabajadores que tienen tacha de republicanos y socialistas; no pagan las amas de casa a las criadas «rojas», e incluso no pagan las casas de Banca a sus empleados sospechosos. ¡Y que protesten, si se atreven! Conozco el caso de un empleado del antiguo Banco Español del Río de la Plata, que estuvo detenido en los primeros momentos de la rebelión; luego le pusieron en libertad, y volvió a ocupar su puesto en la oficina; pero, aunque hacía ya varios meses que acudía puntualmente a su trabajo, había sido suspendido de sueldo y «en represalia» no le pagaban. Pro-

testó, y no consiguió sino que le hayan encarcelado otra vez.

Muriéndose de hambre, sin atreverse a salir a la calle, hay en Galicia millares de hombres que no han cometido otro delito que el de haberse significado alguna vez por sus ideas republicanas, socialistas, comunistas o sencillamente liberales. Ténase en cuenta que el nuevo Estado ha destituido al 80 por 100 de los maestros nacionales que había en Galicia. De éstos, muchos, muchísimos, han sido asesinados; pero los que sobreviven, ocultándose y pasando hambre y terror no se atreven a emprender ninguna gestión para dar un nuevo curso a sus vidas, ni a tentar suerte en un nuevo oficio, porque saben que serían sistemáticamente rechazados y denunciados.

Para estos modernos parias, el permanecer encerrados en sus casas—muchos, hace año y medio que no han pisado el umbral de su puerta—no significa más que el librarse del riesgo fortuito de la calle, el encuentro con la patrulla de falangistas o la delación del transeúnte que les reconozca. Como los registros domiciliarios son constantes, están siempre expuestos a caer en las garras de sus enemigos, que los encierran invariablemente, aunque no hayan hecho nada punible, sencillamente por el delito de no haberse atrevido a salir a la calle. Cuando se oculta—razonan—, es que algo debe.

Los pretextos para los registros domiciliarios existen siempre; lo más frecuente son las delaciones, que tienen su origen en las inquinas de vecindad, las radios, los libros subversivos, etc., etc.

Casa por casa, las patrullas de falangistas van registrando las bibliotecas particulares y expurgándolas de todos aquellos volúmenes que les parecen perniciosos. Los encargados de esta misión son preferentemente un domine cerrado de mollera y con espíritu de inquisidor, y un tipo de malos antecedentes, antiguo contrabandista y dueño de un bar que había en el estadio de Balaidos, que, por ser muy aficionado a leer libros de aventuras y novelas policíacas, le auxilió en su tarea depuradora de las bibliotecas particulares. Los resultados de esta inquisición pintoresca son inefables. Baste con decir que en alguna ocasión se han llevado ejemplares de «La casa de la Troya» y han arrancado de una Historia de España las páginas relativas a la proclamación de la primera República. Por sabido, se calla que las obras de Pérez Galdós, Blasco Ibáñez

y demás escritores republicanos del siglo XIX son implacablemente condenadas a la hoguera.

Los aparatos receptores de radio-telefonía, iban los falangistas a requisarlos durante la noche para sorprender a los que escuchaban las estaciones gubernamentales. El pretexto de la requisita era el perseguir estas audiciones de las emisiones republicanas. En los primeros momentos, éste fué un crimen que se pagaba con la vida. En Chapela descubrieron los falangistas y los guardias a un grupo de siete muchachos de izquierda que estaban escondidos oyendo una emisión de Madrid, y les mataron en el acto. Entre ellos estaba, por cierto, un sobrino del famoso teniente de la Guardia civil apodado «el Rabioso».

Quienes, exponiéndolo todo, se atrevían a escuchar la voz alentadora de la República, tenían que montar y desmontar los aparatos receptores cada vez que los utilizaban. Cuando los falangistas llamaban a las puertas de las casas, los radioescuchas quitaban las piezas fundamentales del aparato y las escondían. En algunas ocasiones, el hallazgo de las lámparas calientes todavía, fué el hecho acusador contra aquellos infelices.

Luego, ya fríamente, las requisas de los aparatos de radio se hacían como sistemático despojo de la propiedad de unos en beneficio de otros. En Vigo, cada cual sabe quién es el afortunado falangista que con la complicidad del nuevo Estado, disfruta del aparato de radio que había comprado con su dinero. Conozco el caso del sobrino de un oficial del Ejército que se presentó en casa del fotógrafo San José, para incautarse del aparato de radio, «de parte de su tío». En la vida cotidiana de vecindad, el sistema de expoliación, practicado en gran escala por el Estado, lleva a estos grotescos e inverosímiles extremos.

En las calles, aparte las mojigangas de los cretinos, que extreman sus zalemas a los vencedores, la vida conserva una apariencia normal, que puede inducir al observador superficial al error de creer que se halla en un país normal y civilizado. El horror de la tiranía tiene que esconderse de los ojos escrutadores de la policía política del nuevo Estado. ¿Cómo no va a ser invisible para la mirada distraída del extranjero, que, después de ver cómo los tranvías circulan normalmente, y las tiendas están abiertas, y la gente discurre por las aceras, cree firmemente que